

RETIRO: EL CREDO, SÍMBOLO DE LA FE.

VI.- FUE CRUCIFICADO, MUERTO Y SEPULTADO.

DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS.

(Extraído de Revista Orar, material de Acción Católica General, Catecismo de la Iglesia Católica y otros)

VER:

Este año los retiros están siendo sobre el Credo. Los domingos y en otras celebraciones lo recitamos, y es importante profundizar en ello, saber lo que estamos diciendo. La Iglesia apostólica, desde su origen, expresó y transmitió su propia fe en fórmulas breves que ya se recogen en el Nuevo Testamento (Rom 10, 9; 1Cor 15, 3-5). Pero muy pronto la Iglesia quiso también recoger lo esencial de su fe en resúmenes orgánicos y articulados, destinados sobre todo a los candidatos al bautismo. Estos resúmenes de la fe encierran en pocas palabras todo el contenido del Antiguo y el Nuevo Testamento. A estas síntesis de la fe se las llama:

- “**Profesiones de fe**”, porque resumen la fe que profesan los cristianos.
- “**Credo**”, porque en ellas la primera palabra normalmente es “Creo”.
- “**Símbolos de la fe**”, porque la palabra griega «*symbolon*» significaba la mitad de un objeto partido (por ejemplo, un sello o un anillo) que se presentaban como una señal para darse a conocer. Las partes rotas se ponían juntas para verificar la identidad del portador. El “símbolo de la fe” es, pues, un signo de identificación y de comunión entre los creyentes. «*Symbolon*» significa también “recopilación”, “colección” o “sumario”. El “símbolo de la fe” es la recopilación de las principales verdades de la fe.

Entre todos los símbolos de la fe, dos ocupan un lugar muy particular en la vida de la Iglesia:

- El **Símbolo de los Apóstoles**, llamado así porque es considerado como el resumen fiel de la fe de los Apóstoles. Es el antiguo símbolo bautismal de la Iglesia de Roma.
- El **Símbolo Nicenoconstantino**, que debe su gran autoridad al hecho de que es fruto de los dos primeros Concilios ecuménicos, celebrados en Nicea y en Constantinopla, donde se desarrolla, algo más, el de los Apóstoles. Sigue siendo todavía hoy el símbolo común a todas las grandes Iglesias de Oriente y Occidente.

En el retiro anterior reflexionábamos acerca de que Jesucristo “fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nació de Santa María Virgen”, tras la celebración de la Navidad. Los artículos del Credo que hoy vamos a contemplar, “FUE CRUCIFICADO, MUERTO Y SEPULTADO” y “DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS”, constituyen, a la vez, un escándalo y la confirmación del amor y fidelidad total de Dios hacia el ser humano. Nos ayudarán, en este tiempo de Cuaresma, a profundizar en lo que muy pronto celebraremos en la Semana Santa.

Para la reflexión:

- Si alguien me preguntase, ¿sabría explicarle qué es el Credo?
- ¿Qué significa para mí creer que Jesucristo “FUE CRUCIFICADO, MUERTO Y SEPULTADO”?
- ¿Y qué significa para mí que “DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS”?

JUZGAR:

FUE CRUCIFICADO, MUERTO Y SEPULTADO

La muerte, y más concretamente la crucifixión de Jesús, está en el centro del Credo. ¿Por qué esa muerte? Muchos se han preguntado cómo se pudo llegar a la ejecución de un hombre que no predicaba otra cosa que el amor de Dios e invitaba al amor al prójimo, que curaba a los enfermos, alimentaba y alentaba a los pobres y desesperados y condenaba la agitación y la violencia.

No es fácil reconstruir el encadenamiento de los acontecimientos y la responsabilidad exacta de cada uno de los que intervinieron en ellos. La sentencia y la ejecución fueron romanas, pero el verdadero conflicto fue religioso. Era preciso que la cuestión fuera vital para Jesús y mortal para las autoridades religiosas, para que se llegara a una ruptura semejante.

El comportamiento de Jesucristo suscitó pronto sospechas en torno a su persona y la oposición de los jefes y de las autoridades del pueblo de Israel. Su manera de hablar de Dios, su actitud frente a las instituciones y las tradiciones religiosas de Israel, la pretensión de tener una autoridad que le lleva a presentar su doctrina como superior a la ley, los gestos en los que Jesús se atribuye también una autoridad para perdonar pecados, cuando el único que podía perdonar pecados para un judío era Dios, etc. En definitiva, todo su comportamiento, en el que, de algún modo, manifestaba una autoridad divina. Todo esto llevó a que ya desde un primer momento distintos grupos judíos y las autoridades se propusieran acabar con Él.

Con el paso del tiempo esa oposición no disminuyó, sino que fue haciéndose cada vez más fuerte. Jesús, aunque era consciente de ello, no cambió su comportamiento, sino que se mantuvo fiel a sí mismo, a su manera de actuar y de hablar.

Por tanto, en la condena de Jesús hay que buscar motivos religiosos. Únicamente un motivo religioso justifica el hecho de que el Sanedrín decidiera darle muerte; de hecho es acusado como falso profeta y blasfemo. Pero estos motivos religiosos no justificaban una condena a muerte para las autoridades romanas. Por ello, buscan un pretexto político, dándose así una colaboración entre judíos y romanos. Jesús cae ante el poder de la cobardía y de la intriga.

Teniendo en cuenta el juego de fuerzas de los diferentes grupos sociales y las corrientes políticas, pueden aducirse razones políticas que avalarían la tesis de que se trató de eliminar a un líder popular incómodo. Jesús, por su defensa de los pobres, su crítica a la práctica farisaica de la ley y a la gestión saducea del templo, por su palabra sincera y su conducta ejemplar, habría entrado en conflicto con los poderes dominantes de su pueblo.

Pero, aceptando que todos estos elementos están presentes, la muerte violenta de Jesús no fue fruto de una conjunción de circunstancias religiosas y políticas. Pertenece al misterio del amor que Dios tiene a sus criaturas. El deseo de aceptar el designio de amor redentor de su Padre anima toda la vida de Jesús, como Él mismo manifiesta cuando la situación se hace crítica y percibía lo que se le venía encima: *Ahora, mi alma está turbada. Y ¿qué voy a decir? ¿Padre, líbrame de esta hora? Pero si para esto he venido.* (Jn 12, 27-28).

Para la reflexión:

- Si alguien me preguntase cuál fue la causa de la crucifixión de Jesús, ¿qué le respondería?
- Medito esta frase: la muerte violenta de Jesús no fue fruto de una conjunción de circunstancias religiosas y políticas. Pertenece al misterio del amor que Dios tiene a sus criaturas.

Una cuestión decisiva que se han planteado los estudiosos de la Biblia es si Jesús dio un sentido a su muerte y qué sentido le dio. Si Jesús no le hubiera dado un sentido a su muerte podemos pensar que tampoco se lo habría dado a su vida. Jesús era consciente de que su modo de actuar y de predicar suscitaba la oposición de autoridades y distintos grupos religiosos de su tiempo. Jesús sabía que esta oposición era tan fuerte que no sólo consideró la posibilidad de una muerte violenta, sino que la asumió. Pero no modificó su comportamiento, no rebajó su mensaje, no dejó de exigir un seguimiento radical, no cambió su actitud frente a las instituciones religiosas.

Al actuar de este modo, Jesús lo hacía no por un deseo de coherencia personal o por fidelidad a un proyecto propio, sino por fidelidad a la voluntad del Padre. La relación con el Padre y la fidelidad a la misión que le ha sido encomendada es la clave fundamental que nos abre a la comprensión de la vida del Señor. Él es consciente de que, ante todo, ha de ser obediente al Padre.

Jesús dio a su muerte el mismo sentido que le había dado a su vida. Jesús entendió su vida y su muerte como servicio y entrega y esto lo vivió no como un proyecto propio, sino en obediencia amorosa al Padre.

Jesús no buscó la muerte como una especie de voluntad suicida. Tampoco la provocó, como si ella reflejara en sí misma la voluntad del Padre. La voluntad del Padre no es la muerte del Hijo, sino su misión de amar hasta el extremo y mostrar la desmesura del amor de Dios, incluso en esa muerte. Por eso Jesús no huyó de ella.

La Biblia no nos presenta la cruz como satisfacción a un Dios airado por los pecados de los hombres; esto haría increíble el mensaje del amor de Dios que el mismo Jesús manifestó. La cruz, en la Biblia, es expresión de un amor radical que se da plenamente, expresión de una vida que es “ser para los demás”.

Por regla general, en las religiones del mundo, la expiación viene a restablecer la relación perturbada con Dios; todas las religiones ofrecen sacrificios a Dios para tenerle propicio. El Nuevo Testamento nos ofrece una visión completamente distinta: no es el hombre quien se acerca a Dios y le ofrece un don para restablecer la relación; es Dios quien se acerca al hombre para dispensarle un don. Y el don es su propio Hijo, “entregado” por nosotros, “por nuestros pecados”.

Dios no es el instigador de esa muerte. Él no está frente al Hijo moribundo, como reclamándole algo. Está, como siempre, con Él y en Él. Está implicado, entregado, maltratado al lado de Él. En Jesús, que ama hasta el fin, Dios se revela, se entrega.

La muerte de Jesús se presenta como el encuentro, el choque de dos lógicas: la lógica de Jesús, que quiere ofrecernos el amor universal del Padre, aun a costa de provocar la reacción violenta de los que se ve cuestionados por Él; y la lógica del rechazo, la obstinación de aquéllos que están dispuestos a todo para hacerle callar.

La muerte de Jesús denuncia el pecado, que se pone de manifiesto el desencadenamiento de esa fuerza de odio. Y la muerte de Jesús también atestigua la gracia, mostrándonos que Jesús no amó a medias. Ante la amenaza, no capituló, no renunció a su misión, no la endulzó: *Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo.* (Jn 13, 1).

Jesús, por su muerte pone sello a su vida. La cruz es como un sello que autentifica todo lo que ha vivido hasta entonces. “Era necesaria”, no ya como un destino ciego o como una vocación a la muerte, sino como la lógica de su propia vida y de toda la historia de la salvación, tal como se había manifestado ya en las Escrituras: Dios no ama a medias. Se percibe entonces por qué la muerte del Hijo puede ser fuente de salvación: por el amor que hay en ella.

Jesús “transfiguró” su muerte. La cruz no es la exaltación del sufrimiento, de la debilidad. Es la exaltación de lo que puede convertir el sufrimiento y la debilidad en capacidad de amar. Por consiguiente, no es la muerte de Cristo la que nos salva, sino el amor que Él vive hasta la muerte.

En la cruz, Jesús, amando perfectamente, amando “hasta el extremo”, es la imagen del Padre, su Verbo. El Verbo se hace carne, esto es, frágil, vulnerable, pero también tangible, manifiesto, entregado. Y entonces es cuando vemos su gloria, su comunión con el Padre, la gloria que Él tiene de su Padre como Hijo único. Esta gloria no espera a la resurrección para manifestarse. Lejos de contradecir o de velar la divinidad de Jesús, la cruz revela a Dios, revela capacidad de amar y fuerza de vida. La cruz manifiesta a Dios.

Para la reflexión:

- Medito este párrafo: todas las religiones ofrecen sacrificios a Dios para tenerle propicio. El Nuevo Testamento nos ofrece una visión completamente distinta: no es el hombre quien se acerca a Dios y le ofrece un don para restablecer la relación; es Dios quien se acerca al hombre para dispensarle un don. Y el don es su propio Hijo, “entregado” por nosotros.
- En la cruz, Jesús, amando perfectamente, amando “hasta el extremo”, es la imagen del Padre. La cruz revela a Dios, revela capacidad de amar y fuerza de vida. La cruz manifiesta a Dios. ¿Es esto lo que siento cuando contemplo al Crucificado? ¿Por qué?

DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS

El Credo también afirma que Jesucristo fue crucificado, muerto y sepultado, y que “descendió a los infiernos”. Es ésta una verdad de fe muy olvidada, a la mayoría de los cristianos les resulta extraña e incomprendible. Para aproximarnos a su sentido, hemos de tener en cuenta que se quiere dar a entender no sólo que siguió el destino de la muerte que a todos los hombres aguarda, sino también que sufrió el radical abandono y la soledad de la muerte, que vivió la experiencia del absurdo, de la noche y, en este sentido, del infierno que amenaza al hombre.

Al confesar esta verdad de nuestra fe afirmamos que en la muerte de Jesús la omnipotencia de Dios penetró en la debilidad más extrema del hombre, para sufrir así el vacío de la muerte y de esta manera romper sus lazos. De este modo se pone de manifiesto una vez más que la muerte de Cristo significó la muerte de la muerte y la victoria pascual de la vida.

Intentemos aclarar esto un poco por medio de un ejemplo del Papa Benedicto XVI en su libro “El Credo, hoy”:

«Si un niño debe atravesar un bosque en la oscuridad de la noche, por muy convincentemente que se le demuestra que no existe nada, absolutamente nada, de lo que deba asustarse, sentirá miedo. En el instante en que se quede solo en medio de la oscuridad, experimentando así radicalmente la soledad, aflorará en él el temor, el verdadero temor del ser humano, que no es temor a algo concreto, sino temor en sí.

Cuando a alguien le inspira miedo, por ejemplo, un perro mordedor, el asunto se puede resolver rápidamente atando al perro con una cadena. Aquí tropezamos con algo mucho más profundo: que el ser humano, confrontado con la soledad radical, lo que experimenta es más bien el pavor a la soledad, el carácter inquietante y desprotegido de su propio ser.

Pero, ¿cómo puede ser superado semejante pavor? el niño perderá el miedo en el instante en que haya allí una mano que tome la suya y lo guíe, una voz que hable con él; en el instante, pues, en que experimente la compañía de una persona que lo ama, en cuanto experimente la cercanía de un tú.

El verdadero temor del ser humano no puede superarse por medio de la razón, sino tan solo por medio de la presencia de alguien que lo ama. Si existiera una soledad en la que ya no pudiera penetrar transformadoramente ninguna palabra de otra persona; si se diera un abandono tan profundo que allí no se asomara ya ningún tú, entonces estaríamos ante la soledad y el temor en verdad totales, ante lo que el teólogo llama «infierno». Desde aquí podemos determinar con precisión el significado de esta palabra: «infierno» designa una soledad en la que ya no penetra la palabra del amor.

Existe una noche en cuyo abandono no alcanza voz alguna, existe una puerta por la que únicamente podemos pasar en solitario: la puerta de la muerte. Todo el temor del mundo es, en último término, fruto de esta soledad. Desde ella debe entenderse por qué el Antiguo Testamento emplea *uno* y el *mismo* término para designar el infierno y la muerte, la palabra *seol*: para él, ambas realidades son, a fin de cuentas, idénticas. La muerte es la soledad por antonomasia. Pero toda soledad en la que ya no puede penetrar el amor es... el infierno.

El artículo del credo relativo al descenso a los infiernos afirma que Cristo ha atravesado la puerta de nuestra soledad, que en su pasión ha ingresado en el abismo de este nuestro estar abandonados. Allí donde no puede llegarnos voz alguna, allí está él. Con ello, el infierno es superado, o más exactamente: la muerte, que antes era el infierno, ha dejado de serlo. Muerte e infierno no son ya sinónimos, porque en medio de la muerte está la vida, porque en medio de ella habita el amor.»

Para la reflexión:

- Medito este párrafo: Cristo ha atravesado la puerta de nuestra soledad, que en su pasión ha ingresado en el abismo de este nuestro estar abandonados. Allí donde no puede llegar voz alguna, allí está él. Con ello, el infierno es superado, o más exactamente: la muerte, que antes era el infierno, ha dejado de serlo. Muerte e infierno no son ya sinónimos, porque en medio de la muerte está la vida, porque en medio de ella habita el amor.

ACTUAR:

El discípulo que cree que Jesucristo fue crucificado, muerto y sepultado, y que descendió a los infiernos, está llamado a levantar los ojos al crucificado para reconocer en Él la imagen última y desconcertante de ese Dios Padre que siempre reveló Jesús.

Jesucristo crucificado, muerto y sepultado es la respuesta de Dios al pecado del mundo. En el momento de la crucifixión se revela el odio del mundo a Cristo: el mundo ha querido expulsar a Cristo, echarle fuera. La cruz revela hasta dónde puede llegar el pecado del mundo, pero también en la cruz se revela la respuesta de Dios al pecado del mundo: “Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen” (Lc 23, 24).

La misma cruz, que revela el poder del pecado, se ha convertido en fuente de donde brotan las palabras de amor y perdón. La lógica de Dios no es la lógica del mundo: cuando mayor ha sido el pecado del mundo, con más claridad nos ha manifestado Dios su disponibilidad para el perdón.

Cristo nos ha amado y se ha entregado por nosotros. Tanto nos ama Dios Padre que nos ha enviado a su Hijo para que tengamos vida en abundancia. En Cristo crucificado contemplamos, “tocamos” el amor de Dios. Ante este amor crucificado que engendra vida somos invitados a creer en Él, a acogerlo, corresponder a Él y comunicarlo.

Si de verdad hemos entrado en este misterio de amor, la cruz debe producir sus frutos en nosotros. El fruto de la cruz es el arrepentimiento que nace de una mirada de fe y amor a Cristo. El fruto del amor es la vida nueva que brota del costado abierto del Salvador.

Creer que Jesucristo fue crucificado, muerto y sepultado es querer vivir nuestra condición de cristianos, de discípulos suyos, siguiendo su intimidad con Dios Padre, su confianza en Él, su obediencia a su voluntad... La fuerza de Jesús para vivir el camino de la Cruz encuentra su fundamento y su sustento en Dios Padre amándolo siempre, saberse el Hijo amado de Dios. Para Jesús con esto es suficiente.

Por eso, al contemplar a Cristo crucificado recibimos la invitación silenciosa a fortalecer, a intensificar nuestro trato de amistad con el Señor. También nosotros necesitamos estar animados y transformados por el mismo amor que guio, empujó e iluminó el ministerio de Jesús.

El amor apasionado de Dios no nos puede dejar insensibles. Es un amor que nos empuja a ver en Cristo crucificado a todos los que sufren y prolongan, a lo largo de la historia y también en nuestro tiempo, la Pasión del Señor. Muchos seres humanos padecen en su cuerpo, y en su espíritu, las consecuencias de la violencia, del egoísmo, de la exclusión, del “descarte”... Y también las consecuencias de la fragmentación, la falta de proyectos vitales, el individualismo.

Creer que Jesucristo “fue crucificado, muerto y sepultado” supone abrazarlo a Él en todos los crucificados de la tierra y de la sociedad. Un abrazo de solidaridad, de caridad fraterna. Supone sentir como propios el dolor y la exclusión de los crucificados de hoy. La compasión con los crucificados no es un mero sentir lástima, es mucho más. El otro me importa, es parte de mí mismo, es Cristo mismo crucificado.

Para la reflexión:

- Medito este párrafo: La cruz revela hasta dónde puede llegar el pecado del mundo, pero también en la cruz se revela la respuesta de Dios al pecado del mundo: “Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen” (Lc 23, 24). La misma cruz, que revela el poder del pecado, se ha convertido en fuente de donde brotan las palabras de amor y perdón.
- Medito este párrafo: Si de verdad hemos entrado en este misterio de amor, la cruz debe producir sus frutos en nosotros. El fruto de la cruz es el arrepentimiento que nace de una mirada de fe y amor a Cristo. El fruto del amor es la vida nueva que brota del costado abierto del Salvador.
- Medito este párrafo: Creer que Jesucristo “fue crucificado, muerto y sepultado” supone abrazarlo a Él en todos los crucificados de la tierra y de la sociedad. El otro me importa, es parte de mí mismo, es Cristo mismo crucificado.

EN ESTA TARDE, CRISTO DEL CALVARIO – GABRIELA MISTRAL

En esta tarde, Cristo del Calvario,
vine a rogarte por mi carne enferma;
pero al verte, mis ojos van y vienen
de tu cuerpo a mi cuerpo con vergüenza.

¿Cómo quejarme de mis pies cansados,
cuando veo los tuyos destrozados?
¿Cómo mostrarte mis manos vacías,
cuando las tuyas están llenas de heridas?

¿Cómo explicarte a ti mi soledad,
cuando en la cruz alzado y solo estás?

¿Cómo explicarte que no tengo amor,
cuando tienes rasgado el corazón?

Ahora ya no me acuerdo de nada,
huyeron de mí todas mis dolencias.
El ímpetu del ruego que traía
se me ahoga en la boca pedigüeña.

Y sólo pido no pedirte nada,
estar aquí, junto a tu imagen muerta,
ir aprendiendo que el dolor es sólo
la llave santa de tu santa puerta. Amén.

RETIRO: EL CREDO, SÍMBOLO DE LA FE.

VI.- FUE CRUCIFICADO, MUERTO Y SEPULTADO.

DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS.

(Extraído de Revista Orar, material de Acción Católica General, Catecismo de la Iglesia Católica y otros)

VER:

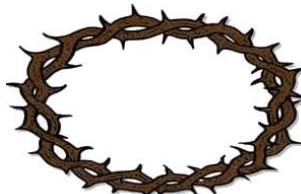
- Si alguien me preguntase, ¿sabría explicarle qué es el Credo?
- ¿Qué significa para mí creer que Jesucristo “FUE CRUCIFICADO, MUERTO Y SEPULTADO”?
- ¿Y qué significa para mí que “DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS”?

JUZGAR – FUE CRUCIFICADO, MUERTO Y SEPULTADO:

- Si alguien me preguntase cuál fue la causa de la crucifixión de Jesús, ¿qué le respondería?
- Medito esta frase: la muerte violenta de Jesús no fue fruto de una conjunción de circunstancias religiosas y políticas. Pertenece al misterio del amor que Dios tiene a sus criaturas.
- Medito este párrafo: todas las religiones ofrecen sacrificios a Dios para tenerle propicio. El Nuevo Testamento nos ofrece una visión completamente distinta: no es el hombre quien se acerca a Dios y le ofrece un don para restablecer la relación; es Dios quien se acerca al hombre para dispensarle un don. Y el don es su propio Hijo, “entregado” por nosotros.
- En la cruz, Jesús, amando perfectamente, amando “hasta el extremo”, es la imagen del Padre. La cruz revela a Dios, revela capacidad de amar y fuerza de vida. La cruz manifiesta a Dios. ¿Es esto lo que siento cuando contemplo al Crucificado? ¿Por qué?

JUZGAR – DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS:

- Medito este párrafo: Cristo ha atravesado la puerta de nuestra soledad, que en su pasión ha ingresado en el abismo de este nuestro estar abandonados. Allí donde no puede llegar a nos voz alguna, allí está él. Con ello, el infierno es superado, o más exactamente: la muerte, que antes era el infierno, ha dejado de serlo. Muerte e infierno no son ya sinónimos, porque en medio de la muerte está la vida, porque en medio de ella habita el amor.



ACTUAR:

- Medito este párrafo: La cruz revela hasta dónde puede llegar el pecado del mundo, pero también en la cruz se revela la respuesta de Dios al pecado del mundo: "Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen" (Lc 23, 24). La misma cruz, que revela el poder del pecado, se ha convertido en fuente de donde brotan las palabras de amor y perdón.
- Medito este párrafo: Si de verdad hemos entrado en este misterio de amor, la cruz debe producir sus frutos en nosotros. El fruto de la cruz es el arrepentimiento que nace de una mirada de fe y amor a Cristo. El fruto del amor es la vida nueva que brota del costado abierto del Salvador.
- Medito este párrafo: Creer que Jesucristo "fue crucificado, muerto y sepultado" supone abrazarlo a Él en todos los crucificados de la tierra y de la sociedad. El otro me importa, es parte de mí mismo, es Cristo mismo crucificado.

EN ESTA TARDE, CRISTO DEL CALVARIO – GABRIELA MISTRAL

En esta tarde, Cristo del Calvario,
vine a rogarte por mi carne enferma;
pero al verte, mis ojos van y vienen
de tu cuerpo a mi cuerpo con vergüenza.

¿Cómo quejarme de mis pies cansados,
cuando veo los tuyos destrozados?
¿Cómo mostrarte mis manos vacías,
cuando las tuyas están llenas de heridas?

¿Cómo explicarte a ti mi soledad,
cuando en la cruz alzado y solo estás?

¿Cómo explicarte que no tengo amor,
cuando tienes rasgado el corazón?

Ahora ya no me acuerdo de nada,
huyeron de mí todas mis dolencias.
El ímpetu del ruego que traía
se me ahoga en la boca pedigüeña.

Y sólo pido no pedirte nada,
estar aquí, junto a tu imagen muerta,
ir aprendiendo que el dolor es sólo
la llave santa de tu santa puerta. Amén.

